

debes leer

La dignidad humana

Rescatar lo perdido

Francisco de Roux



El infierno del 'Bronx' en Bogotá, la muerte de tres indígenas, más los heridos entre los manifestantes y la Fuerza Pública; el sufrimiento y la incertidumbre de las comunidades étnicas y campesinas, así como la necesidad de garantías y el sufrimiento de las poblaciones afectadas por el cierre de vías, en una movilización popular que se carga de violencia y dolor en vez suscitar el entusiasmo nacional por una acción humanitaria y eficaz de democracia directa; los asesinatos y amenazas de líderes de derechos humanos, sociales y políticos que preocupan a Naciones Unidas y a los embajadores de Europa, Estados Unidos y Canadá son hechos que llaman a una reflexión sobre el lugar que tiene entre nosotros la dignidad humana.

Porque aunque el proceso de paz ha disminuido enormemente las víctimas de la guerra, todavía no comprendemos que el valor de nosotros como individuos depende del cuidado con que protejamos el valor de los demás. Y todavía no entendemos que cada vez que contribuimos con acciones u omisiones a la destrucción de una mujer o un hombre, vulneramos nuestro propio valor y nos desbaratamos a nosotros mismos.

Acostumbrados por la guerra a no respetarnos, buscamos que la seguridad armada y las cárceles nos traigan el respeto que no encontramos entre nosotros, como si los policías, los soldados y los jueces no padecieran de la misma incapacidad de valorar a los demás que nos enfermó a todos en nuestra sociedad.

Esta situación pone en evidencia nuestra crisis espiritual y reclama que dediquemos tiempo de reflexión y de silencio para tomar conciencia de nuestro valor olvidado. Porque no hay otro camino para acceder al universo de lo humano, que se nos ha perdido y es previo a la justicia y a la seguridad. Y es allí, en el encuentro profundo con nosotros mismos y los demás, donde puede hacérsenos patente nuestra dignidad absoluta, que no debemos a los presidentes ni a los organismos de seguridad, ni a los jueces, ni al Congreso, ni a la guerrilla, ni a los paramilitares, ni a nuestras filosofías y creencias religiosas. Dignidad que tenemos simplemente como seres humanos. Que se da igual en todas las mujeres y los hombres. Que no puede acrecentarse con el poder, ni con el dinero, ni con los títulos académicos, institucionales o religiosos; y cuya experiencia interior, desde el fondo de nosotros mismos, nos hace radicalmente humildes porque la dignidad no la construimos nosotros, sino que la hemos recibido con el regalo de la vida.

Para los creyentes, esta dignidad se identifica con la experiencia espiritual de sentirnos puestos en la existencia por un acto de amor creador continuo que nos constituye como la persona que somos en libertad, en la inmensidad del universo y de la historia y que, al acogernos con comprensión y misericordia radical, nos impulsa a respetar, amar y perdonar así como nosotros somos amados y aceptados. Tal es la realidad que recibimos en el Evangelio de Jesús y que también han anunciado los grandes maestros espirituales de la humanidad.

Y es cierto que aquí nuestra tradición espiritual corta más hondo al afirmar que lo que nos hace iguales y partícipes en un destino común es este amor absoluto del que gratuitamente somos objeto todas las mujeres y los hombres, independientemente de nuestras virtudes y de nuestros errores, de las clases sociales, las etnias o el dinero.

Solamente si nosotros asumimos juntos este valor absoluto e innegociable, que nos exige el respeto total, podremos convocarnos a ser consistentes y construir una nación incluyente, capaz de garantizar a todos y todas las condiciones para vivir la grandeza de nuestra dignidad.